

## LUIS TEJADA, ELOGIO DEL ESPÍRITU DE CONTRADICCIÓN

DOI: 10.24142/unaula.n44a3

Distribuiré mi alegato contra “Luis Bernal”, en tres discursos. Primero: “Elogio del espíritu de contradicción”; segundo: “El arte de olvidar lo que se lee”; y tercero: “Epístola sobre el amor y la amistad”. Sin perjuicio de que, al final de todo, endose una pequeña postdata; pues no faltaba más: ¡yo también tengo mis derechos a escribir en serie!

Empezaré por declarar que es verdad todo lo que dice mi amigo en su delicioso epistolario. Creo que confesándolo así me coloque en buen pie para combatirlo, porque afortunadamente no todo lo verdadero es in-conmovible. La verdad, eso que llamamos verdad, es a menudo tan débil, tan improbable que algunos podrían imaginarla como un fantasma ilusorio que se deshace al primer intento de análisis; como un ladino fantasma que sabe muy bien a quién le sale. Bajo sus formas más terribles la verdad metafísica suele aparecérsese al padre Navarro, por ejemplo; pero decidme, ¿algún día se le llegó a aparecer a Sócrates?

“Luis Bernal” habla de mi “insuperable afán de contradecir”, ¡Ay, amigo mío, sí que siento tener que contradeciros con toda la razón de mi parte en esta vez! No poseo en realidad todo el espíritu de contradicción que decís, y ésta puede ser mi mayor desgracia. Aún hay en el mundo muchas cosas pequeñas y grandes con que estoy de acuerdo. Me apresuro

a avergonzarme de ello, pero así es. Cuál fuera hoy mi alegría si cuando acudieron a mi cuna las hadas legendarias, preguntando: ¿qué deseáis, chiquitín?, una voz clarividente les hubiera contestado: “Hadas gentiles, bellas hadas: concededle un tonel amplio y vacío y una buena dosis de espíritu de contradicción”. ¡Porque eso solo basta en el Universo para hacer a un hombre feliz y digno de la vida!

No fue así, y vedme envidiando a esas almas fuertes que reaccionan contra todo. Contradecir es afirmar la personalidad individual, es querer salvar a todo trance de la absorción extraña, lo mejor que posee cada uno: su ser interior. Cuando se ama algo o se acepta algo sin restricciones de ninguna especie, el que lo hace se aniquila, se anonada totalmente en ese otro ser absorbente; su perfil original se borra difundiéndose en aquella otra alma imperialista; se hace tributario de ella, su esclavo espiritual.

No, amigo mío. Todo aquél que posea una leve dignidad intelectual, debe hacerse más o menos su concepto del mundo: modesto o amplio, complejo o rudimentario, ese concepto lo van formando a lo largo de cada vida laboriosa, múltiples factores: dolor, felicidad, observaciones, ilusiones, estudios, experiencias personales o ajenas y tantas cosas que nos hacen concebir nuestro ideal particular de la belleza, nuestro ideal de la vida, nuestro ideal del universo, en fin.

Nos aferramos a esos ideales, los amamos porque los creemos verdaderos, y es justo que los defendamos con ardor, y aún más, que tratemos de imponerlos. Cada otra cosa externa, cada otro hecho, cada otro orden de pensamientos que se presente ante nosotros, será como una piedra de toque que va a probar la debilidad o la fortaleza de nuestras ideas personales en ese sentido determinado. Si tenemos alguna dignidad, si poseemos energía interior, debemos afirmar nuestras convicciones y arremeter contra las otras desquiciándolas y pulverizándolas. Bien puede suceder que esas otras convicciones contrarias no se desvanezcan

realmente a nuestro empuje, y que el mundo continúe creyendo en ellas. Pero basta que nosotros solos sepamos que son falsas, que nos hagamos la ilusión –loca ilusión– de que la verdad está en nuestro interior. Así nos tranquilizaremos, y eso es mucho.

Pero a veces esos espíritus contradictores, no sólo cumplen un deber con ellos mismos, sino que tienen también una misión colectiva. No me negaréis que en el fondo de toda inconformidad hay siempre un germen de progreso y de liberación. Refiriéndonos al mundo del arte nada más, no me negaréis tampoco que hay en él un acopio tremendo de falsas verdades y supersticiones en circulación. Si no llegaran de cuando en cuando esas mentalidades reacias, llenas de ácidos que disuelven los conceptos envejecidos, iríamos a asfixiamos bajo el peso de las cáscaras. A Oscar Wilde le debemos dos o tres paradojas demoledoras, pero ¡cuánto más han sido ellas fecundas para la pureza y la libertad del Arte, que la fundación de la Academia Francesa!

Una generación no empieza a ser ella misma, no se constituye en entidad independiente y creadora sino cuando encuentra deficiente, inadecuado y controvertible, lo que realizó la generación anterior. Bien sé que nosotros no obramos así, aquí, en esta tierra quieta y fetichista: eso da la medida de nuestra incapacidad creadora y de nuestro ínfimo espíritu de contradicción. Nos hemos dedicado a venerar y proteger con esmero fanático, desde las horribles reliquias arqueológicas que nos dejaron los abuelos españoles, hasta las insignes momias literarias, antiguas o contemporáneas de allá y de acá del mar.

No he querido mencionar hasta ahora una hermosa palabra prostituida: Rebeldía. No creo en los revolucionarios que gritan en las calles: “¡Yo soy revolucionario! ¡Yo soy revolucionario!” En los revolucionarios *ad hoc*, que se echan en la cara un calculado baño de revolución, en esos inocentes y pacíficos ciudadanos que, una mañana al levantarse, se les

Luis Tejada

mete en la cabeza decir: “¡Eh, vamos a ser revolucionarios!” y salen queriendo revolucionarlo todo y se colocan en la solapa una enseña alarmante.

No. Creo en los que tienen la rebeldía innata, en los que nacieron con el bello espíritu de reacción y lo llevan con la naturalidad gentil con que llevan las humanas narices que Dios les dio.

Si un mi amigo desea favorecerme reconociéndome así una pequeña dosis de ese admirable prurito de contradicción, no seré yo quien vaya a contradecirle en esta vez.

*El Espectador*

Medellín, 3 de septiembre de 1920